La llamada novela por entregas y su caracterización en la España del siglo XIX

José Manuel GÓMEZ-TABANERA
Universidad de Oviedo

La presente comunicación quizá pueda justificarse en el hecho que, de un tiempo a esta parte, parece haber dado una especie de renacimiento de un tipo de *literatura popular*[1] que languidecía desde hace años en nuestras bibliotecas, pongamos un cuarto de siglo. Dicho renacimiento se debe al éxito alcanzado por obras como *El Capitán Alatriste*, con las que se inauguró una serie a denominar *Las aventuras del Capitán Alatriste* de Arturo Pérez Reverte, obras que, en cierto modo, venían a sustituir otras de distinto argumento y jaez que proliferaron a millares durante el llamado período franquista y que cabe denominar simplemente —novela popular—, de acuerdo con las pautas recogidas en el libro *La novela popular en España* (Ed. Robel Madrid, 2000), obra colectiva que recoge y analiza, hasta cierto punto, el fenómeno de la *novela popular*[2], a manifestarse, al igual que en todo el Occidente, con particular redundancia en las primeras décadas del siglo XX y en España, concretamente a final de la guerra civil, en las décadas de los 40, 50 e incluso de los 60, cuando alcanzó quizá su límite, logrando una trascendencia como posiblemente jamás tuvo en país alguno. Henos así ante unos treinta años en que se conoció, con intensidad particular, la denominada *pulp literature*[3] en USA en la que en España, independientemente de los distintos géneros o temas tocados, logran particular fama las obras de J. Mallorqui Figuerola, M. L. Estefanía, Fidel Prado, Silver Kane (Francisco González Ledesma) o Keith Luger (Miguel Oliveros Tomar), independientemente de autores extranjeros, mayormente anglosajones. La utilización de pseudónimos exóticos se daba cuando el autor escribía para varias editoriales en un ingenuo enmascaramiento intentando ocultar otras dedicaciones afines, cuando no el silenciar su auténtico nombre por motivos políticos.

Nos encontramos pues, veinte años antes de iniciar la transición política (1977), en una España que cuenta con unos veintitrés millones de habitantes, de los que un

1. Me refiero a la definida como *novela popular*, que no tiene nada que ver con la llamada *literatura popular*, cuyo estudio se engloba en el llamado *folklore* como literatura tradicional (popular) en la llamada Antropología Popular o Etnología, disciplina a incluir en la *Sociología*, dando lugar a particulares interferencias.

2. Cf. VV.AA. *"La novela popular en España"*. Ediciones Robel, S.L. Madrid, 2000.

3. Nombre que podría traducirse en *Literatura en papel reciclado*, por utilizarse para su impresión papel de calidad ínfima.

30% son analfabetos, y que ha cambiado de gusto en lo que se refiere a exigencias intelectuales o literarias, pero también de forma de satisfacerlas. No hacía aún muchos años en que predominaba, en la que llamaríamos —cultura de masas—, la llamada *novela por entregas* o *folletín*[4], considerada un producto paraliterario, que incluso llegó a distraer a nuestros abuelos. El caso es que nos encontramos ante el hecho de que, si en la segunda mitad del siglo XIX y algún decenio del siglo XX predominó, hasta cierto punto, el éxito de la *novela por entregas*, el siglo XX se nos presenta un tanto ambiguo en sus dos primeras décadas, metamorfoseándose prácticamente a partir de la proclamación de la II República (1931), quizá por una mayor conciencia educativa, fruto de la creciente alfabetización, quizá por nuevas tendencias llegadas del extranjero, con autores de novelas populares y de otro jaez que son traducidos al castellano y entre los que cabe recordar aquí a Julio Verne y Emilio Salgari, cuyos libros de aventuras y a veces de ciencia ficción entretienen a la infancia que nace antes de 1931 y que asiste, ya a escuelas públicas, ya a colegios particulares, un tanto alfabetizada y que ha de enfrentarse a todo tipo de publicaciones, a las que pueden acceder con más facilidad que medio siglo antes, al conocer un doble de alfabetización y una mayor cultura cívica que permite, pongamos por caso, la difusión de novelas foráneas *best seller,* como las mismas de la húngara Emma de Orczy[5] (1865-1947) (*La pimpinela escarlata, etc.)* o del americano Edgar Rice Burroughs[6] (1875-1950) (*Tarzán* y cont.).

Sin embargo, sigue viviendo la llamada *novela por entregas*, inventada un siglo antes y cuya difusión creó hábito, vicio o como queramos llamarlo, en gran parte de los españoles de hace siglo y medio, afectando tanto a la clase media o baja, ya urbanita o rural, ésta un tanto semi-alfabetizada, lo que ha propiciado el interés popular por tal producto paraliterario. Se produce así un fenómeno parejo al que tendría lugar en la España de 1940, ya viviendo en la posguerra, carente de muchos recursos y en la que las gentes suelen escabullirse de la problemática cotidiana, sumergiéndose en lecturas de *novelas por entregas* que a veces recibe semanalmente, ya con un periódico, ya con una revista semanal o mensual.

Fue también hacia 1940 cuando Juan Ignacio Ferreras, un español que vivió en París durante la dictadura franquista en calidad de profesor de Literatura Española en la Sorbona, cuando pudo realizar su elaborado estudio entorno a la novela española durante el siglo XIX. Ignoramos hasta qué punto sus estudios e investigaciones han podido influir en nuestra generación, superando los clásicos e inacabados del erudito M. Menéndez Pelayo (1856-1912) y otros, cuando la *censura*, ya gubernativa, ya religiosa, no puede influir en la transmisión y lectura de textos de

4. Así denominada al servirse semanal o periódicamente, en fascículos de un pliego (*entregas*) o que se ofrecía independientemente del periódico.

5. Sus relatos de aventuras, situados en el escenario de la Revolución Francesa (siglo XIX), fueron tempranamente traducidos en España.

6. Novelista estadounidense que logró celebridad mundial tras su creación novelesca de *"Tarzán de los monos"*, un recién nacido criado entre chimpancés que se asimila a *"El Buen Salvaje"* y que, ya adulto, conoce la civilización europea.

numerosas creaciones, a las que la presunta desfachatez de la dictadura y la mojigatería del clero no permitía acceder, cosa que, ahora en el 2008, no sucede.

1. Orígenes

Si admitimos que la *novela por entregas,* por su misma naturaleza, es difícil de definir por su misma contextura, podremos admitir que surge en el mundo occidental mediante un tácito acuerdo social que le permite manifestarse, surgiendo así un producto al gusto de una clase media (liberal) que, en realidad, aún no existía en la España de los Borbones, particularmente entre las décadas 40 y 50 del siglo XIX español, cuando quizá tiene para una mayoría un cierto valor, más desde un nivel sociológico que artístico y económico. De aquí, que se limite en atender una conciencia colectiva, —si es que ésta existe—, utilizada más o menos como entretenimiento ante la realidad cotidiana.

Estructuras mediadoras son como ya indicó Ferreras, lectores, editores, autores y obras, éstas, novelas de *folletín* que, a fin de cuentas, se presentan como una mera mercancía que puede llegar a destruirse por sí misma, por el mismo tema tratado o por la problemática que expone y que no llega a resolver. Tal es el caso de una *novela histórica por entregas*, más bien tardía, que ha pasado a ennoblecerse por su misma estructura y ha logrado entrar en nuestra historia de la literatura. Me refiero a los *Episodios nacionales* de Benito Pérez Galdós (1843-1920), recientemente reeditados en veintitrés tomos y en una cuidada edición que parece renegar de sus inicios paraliterarios.

El introducirse en ese mundo que constituyó la *novela por entregas* en la segunda mitad del siglo XIX se hace un tanto difícil, teniendo en cuenta el abigarrado mundo abarcado, desde la *novela rosa* hasta la *novela histórica, de aventuras* o *de ficción*. Piénsense en más de cien editores madrileños y barceloneses (catalanes) que emergen y trabajan entre 1840 y el fin de siglo, pero también en el centenar y pico de autores que escriben para la editorial que se les tercie y contemporáneamente produciendo unas 2.000 novelas, a contar en cientos de miles de entregas, sumando de 4.000 a 15.000 libros, si se encuadernan.

Es difícil calcular lo que significan ese tipo de publicaciones, que se sucederán durante cincuenta o sesenta años del siglo XIX, teniendo en cuenta incluso que las décadas 60 y 70 serán esenciales para la *novela por entregas*, aún cuando no pasemos por alto entregas que siguen publicándose en los inicios del siglo XX e incluso más allá de 1920.

De aquí que nos permitamos pensar que, más que la literatura, la sociología es la única disciplina que puede usar certeramente del bisturí ante la *novela por entregas*, en lo que se refiere a cantidad y a calidad, al considerar que el fenómeno de la *novela por entregas* no se produce a nivel individual, dado que es una sociedad quien la escribe y una sociedad quien la lee, tratándose de una producción social y de un consumo social. Un fenómeno parejo al que sucedería en España a partir

de 1960 y hasta hoy con las novelas de la autora asturiana Socorro Tellado López —Corín Tellado (1926-*)—, que para muchos lectores sirve de placebo, adquiriendo inveteradamente su obra. De este asunto quizá podría decirnos algo Andrés Amorós, autor de una sagaz monografía sobre la producción de la Tellado[7].

2. Ámbitos de lectura de la novela por entregas.

La *novela por entregas* nació pues en Europa, coincidiendo con las revoluciones que conoció ésta y sus nacionalidades hacia 1848, que crearon un campo de ilusiones y experiencias que supieron aprovechar, ya los propios autores (novelistas), ya los editores (asociados con ellos), en un mundo en el que se han sobrepuesto las limitaciones geográficas e ideológicas a que se han acomodado las nacionalidades europeas existentes con sus ciudades, más o menos populosas y sus poblaciones rurales. A mediados del siglo XVIII sólo Madrid y Barcelona poseían una industria librera de cierta importancia. Seguían a las mismas Cádiz, Valencia y Bilbao, con imprentas y editoriales de menos renombre.

Un siglo después, hacia 1857, Madrid, merced a iniciales concentraciones capitalistas, conocía un particular contingente obrero para una población de 281.170 habitantes. El mismo año, Barcelona contaba con 178.625. Seguíanlas, Sevilla (122.135 habs.), Valencia (106.475) y Málaga (92.611). El resto del Reino, con sus capitales provinciales, apenas descollaba, sólo Bilbao, un tanto despegado en su auge industrial, contando con 17.649 habitantes. Tales datos se nos antojan insuficientes para calcular la cantidad de lectores existentes, por lo que estimamos más pragmático el conocer el precio que se pagaba por la venta del *folletín* según una práctica que empezaba a consolidarse entre lectores que no podían pagar un libro entero y adquirían *entregas* (*folletines*). Realidad ésta que, en cierto modo, subrayó J. I. Ferreras[8]. No obstante, hay que tener en cuenta que, hace siglo y medio, las diferencias de precio entre un libro y una *entrega* eran del orden de 6 a 1, de 8 a 1 y, a veces 10 a 1. Sin embargo el problema no estriba en la diferencia de precios, sino en la capacidad adquisitiva del comprador- lector, con 10 reales diarios de jornal o 70 semanales y a quien le era imposible gastarse su jornal diario en un día, pero sí parte de un libro comprada por un real[9]. Con esto no cabe afirmar que sólo los asalariados compraban entregas, aunque hay que tener en cuenta que no todos los libros se encontraban por entregas ni se publicaban así, aunque ello no limitase

7. AMORÓS, ANDRÉS;—*Sociología de una novela rosa*—. Madrid, Taurus. 1968.

8. FERRERAS, JUAN IGNACIO; *"La novela por entregas (1840-1900)"*. Taurus Ediciones, S. A. (Madrid, 1972). Obra que he utilizado, quizás abusivamente, para la redacción de la presente comunicación

9. *Vid. supra* pág. 31. Se establece aquí que 4 reales equivalen a 1 peseta y 20 reales equivalen a un duro, moneda fraccionaria de plata de ley y un peso de 25 gramos. La peseta, quíntuple del duro, fue la unidad monetaria hasta la guerra civil, que se expresó en billetes de papel moneda y en monedas de cobre que circularon hasta el 2002 con la imagen del General Franco, el Dictador. Sería sustituida en el 2002 por la moneda común europea (UE), denominada *euro* (1 €= 166,386 pesetas), en un proceso al que costó un tanto adapatarse.

las respectivas adquisiciones. Está también el hecho del sexo del lector. De todas formas está claro que, si la clase obrera leía novelas por entregas, éstas debían ser prestadas, para su lectura.

Pese a estudios, más o menos aceptables, ya iniciados, cabe pensar que todavía hoy sigue mal conocido el lectorado femenino de novelas, que depende casi siempre del lugar o nación donde se indague. Está claro que es importante saber de la alfabetización de los lectores, por lo que parece claro que la lectura por entregas empezó a tener particular auge en Gran Bretaña y Estados Unidos y, seguidamente, en Francia, España, Italia y el Imperio Alemán. De todas formas, parece evidente que se da un mayor porcentaje de lectores de novela —popular— en el mundo femenino, que en el masculino. La estimación se torna un tanto incierta para la España de mediados del XIX, ante la circunstancia de que entre las poblaciones rurales hispanas se estimaba un 82% de analfabetismo.

Nos encontramos así ante el hecho de que la novela por entregas pudo ser leída por un gran número (indeterminado) de mujeres entre las que, el ser analfabetas, no les privaba de escuchar una lectura a viva voz. Esto parece demostrable por la difusión que alcanzaron las novelas de Pérez Escrich (1829-1897), paladín de los valores de la familia tradicional católica, lo que supone que sus relatos fueran leídos y escuchados por miles de mujeres que, a la vez, se interesaban en —libros para jóvenes— destinados a lectoras ávidas de virtud y de autosatisfacción, al ver reflejada su propia condición en una obra novelesca.

No obstante, ni lectores ni autores suelen ser los mismos al referirnos a la novela por entregas propiamente dicha. Se han confeccionado listas de las más conocidas autoras y nos encontramos que éstas, entre las que se da alguna *prefeminista*[10], preferían publicar en volumen o colaborar en revistas dedicadas para la mujer de una condición muchas veces de una clase muy lejana de la proletaria[11].

Otra observación que cabe hacer, independientemente de la conciencia de clase que se refleja en las obras, es el realce de características particulares. Así, abundan las novelas centradas en la chica obrera y el muchacho jornalero y en las que el patrón se pinta con los más turbios colores. Reflejo éste que se encuentra en la clase nobiliaria y en la Iglesia. De aquí que, ante tal —conciencia de clase—, muchas de las novelas por entregas parecen dedicadas, ya al mundo obrero, ya del pequeño burgués.

De todas formas, las novelas dedicadas a un público femenino se nos presentan decididamente sentimentales y sus protagonistas, por lo general del bello sexo, acuciadas por diversos problemas familiares dentro de su clase obrera, ya sean

10. Así, FLORA TRISTÁN (1803-1844) una activista francesa, contemporánea de Carl Marx y de la que publicamos en 1986 su libro autobiográfico *"Les peregrinations d'une Parie"* (París, 1838). Su edición en lengua castellana permitió que el feminismo que empezaba a aflorar bajo el gobierno franquista se convirtiera en realidad.

11. Así, las inglesas ANNA WHEELER y EMMA MARTIN, pero también la española E. SERRANO DE WILSON, que publicó el inefable libro *"Almacén de Señoritas"* obra dedicada a las jóvenes españolas y americanas y que contiene lecciones de diferentes labores, historia, ejemplos morales, consejos, etc.

menestralas, sirvientas, costureras, planchadoras, etc. Por lo que se refiere a la mujer rica o con —posibles—, ésta suele ser reflejada como dura, cruel, avarienta y ambiciosa. Legado éste que ha contaminado tipos femeninos que incluso, más allá del siglo, los vemos reflejados en series de televisión (los bien o mal llamados *culebrones*), que logran particular fama. Sólo citaremos un caso: la película seriada *La señora,* que este año se ofrece en una preeminente cadena y que nos recuerda alguna heroína inventada en el pasado siglo presentada en títulos descriptivos: *Consuelo o el sacrificio de una madre, Las hijas sin madre, El llanto de una hija, Madres sin hijos* o *Dar vida por honra,* obra de Rafael del Castillo; *Secretos de la honra*, de Julián Castellanos y Velasco; *Un hijo natural, La parricida*, de Julio Nombela y Tabares; *La esposa mártir, La mujer adúltera, El manuscrito de una madre,* de Enrique Pérez Escrich; *La conciencia de una mujer, Historia de una mujer bonita,* de Ramón Ortega y Frías, y también *Las buenas y las malas madres,* de Manuel Fernández y González, historias **folletinescas** en las que se impone el que se ha llamado —dualismo moral— a la hora de intentar clasificarles. A todos estos folletines podíamos sumar algunos títulos de Luis de Val, aunque dicho autor pareció especializarse en escribir para mujeres y la casi totalidad de sus títulos son del estilo que nos ofrece en *Llanto de madre* o los *Hijos sin amparo; Mártir de la calumnia* o *La loca enamorada; ¡Martirio!* o *La redención de una madre; ¡Si yo tuviera madre!, Sin madre* o *El hijo del arroyo,* etc.

De esta forma y destinados a un lectorado femenino, se van publicando temas de amor, matrimonio, adulterio, abandono, hijos sin padre e hijos adulterinos. Nótese que jamás se hablará de *divorcio*, ya que habría de pasar más de un siglo para que éste se aceptase en España, ya como quebrantamiento del sacramento del matrimonio, impuesto por el Catolicismo, o la separación civil, dado que la anulación normalmente sólo se aceptaba mediante trabajosos trámites entre la nobleza y clases superiores.

Sin embargo, nos encontramos con temas que se multiplican en el mundo obrero o en un universo en que falta el dinero y la miseria y las heroínas son hermanas y madres de obreras, aunque no falten protagonistas femeninas del pequeño comercio o del mundo artesanal, siendo contados los campesinos y gitanos, a no ser que se incluyan en el relato como protagonistas a conocidos bandoleros, con su cabeza puesta a precio.

Predomina pues en la adquisición de la novela por entregas un sinfín de lectores obreros y artesanos, que sueñan en una especie de socialismo utópico y en el que se presenta al patrón como malo de solemnidad. Autores como W. Ayguals de Izco o Tresserra y Ventosa cultivan exitosamente, dentro de un dualismo sociopolítico, novelas de tesis pro-liberal y anticlerical. En pareja dirección se elabora y programa las historias de bandoleros, con figuras iniciales como la de Jaime —el Barbudo—, personaje histórico redivivo por Ramón López Soler o Florencio Luis Parreño, ya personalmente, ya mediante amanuenses.

Henos así ante un cúmulo de novelas por entregas que conocieron, ya en el siglo XIX, un particular éxito, presentadas mediante cuadernillos o *folletines*, en cuya

venta mediaron, muchas veces, gentes y quiosqueros aprovechándose de la *folletinomanía* abusaron de sus lectores y clientes habituales, al hacerles pagar por tapas y portadillas, pero también láminas y grabados impresos *ad hoc*. A veces incluso ofrecían a éstos estampas para enmarcar acordes con los relatos suministrados, poniendo en evidencia, por un lado, la picaresca de los vendedores y, por otro, el gusto *kitsch* de los compradores. A veces de acuerdo con los mismos impresores.

De aquí que cabe considerar a la novela por entregas, no sólo un objeto paraliterario, sino también una mercancía que se ofrece de acuerdo con unas concretas leyes de mercado: venta a plazos, nivel de la demanda, etc. Se daría el caso de que una novela por entregas publicada para unos 10.000 lectores, como mínimo, suponía una venta de 10.000 folletines semanales, despachados semanalmente, que eran leídos por muchos más lectores. Sin embargo, está el hecho evidente que, si la entrega se vende en un real (25 céntimos), parece claro que se hace a un público económicamente débil, teniendo en cuenta que una novela o libro completo venía a costar diez veces más. Está claro que un obrero de 1850 jamás pensó en gastarse 10 reales en un libro, más si su jornal apenas llegaba a tal cantidad. De aquí el interés por parte del editor-autor por conseguir un número **idóneo** de suscriptores. Ésto empezó a ser posible en el decenio 1843-1853, al introducirse eso que llamamos —el capitalismo industrial— en España y proliferar una serie de especuladores, como el Marqués de Salamanca, pongamos por caso, o gentes poderosas que crearon las primeras empresas ferroviarias y las primeras expansiones bancarias. Se vive pues en los inicios del capitalismo y, con éstos, surgirá una considerable expansión urbana y un desmedido afán constructor, en cierto modo parejo al que ha conocido España durante los gobiernos de Zapatero y compañía (—expansión ladrillista— y crisis coyunturales), treinta años después de refundarse la monarquía tras el agotamiento franquista (1977-2008) y donde no existe la novela de *folletín,* pero sí múltiples sucedáneos, al entregarse con el periódico sabatino o festivo publicaciones que les sustituyen, desde el pliego de una enciclopedia, a un libro de cocina o cupones ayudando a la compra de un —electro-trasto—.

Esta evolución es un tanto comprensible si tenemos en cuenta que la implantación del capitalismo, el aumento demográfico, la emigración y cierta globalización ha cambiado el universo de la clase trabajadora, haciendo posible que los céntimos que se reservaban para el *folletín* semanal apenas tengan importancia ante un cambio de costumbres y estructuras familiares que obligan a desviar todo tipo de pago a plazos hasta otros bienes de consumo, que hoy ha derivado a bienes tan corrientes como el automóvil o un electrodoméstico y, casi siempre, a la amortización de créditos hipotecarios en los que siguen empeñándose las clases obreras y medias en busca de un mundo mejor.

3. Editores, distribuidores y autores de la novela por entregas.

Nuestro conocimiento, tanto de la historia como de la evolución de la imprenta en España, siquiera del siglo XIX, presenta singulares lagunas que aún hoy no se han logrado salvar, a efectos de tener, por lo menos, un catálogo, siquiera de la categoría del que elaboró José Simón Díaz[12], hace ya casi medio siglo y que hoy solo podría completarse con títulos de más reciente edición, elaborados en las diecisiete Comunidades Autónomas que integran España y que nos permitirían elaborar mejor la historia de la imprenta y editorial españolas, trabajo que por su complejidad corresponde a un equipo bien especializado. De todas formas, hoy por hoy no abundan los estudios económicos referidos a los siglos XIX y XX que nos informen cumplidamente sobre el desarrollo del negocio editorial, pese a que algún estudio literario, al ocuparse de imprenta y editores, nos den una visión bastante completa, ya de impresores y editores en la época de la Ilustración, como el catálogo de Reginald Brown (publicado en 1953) o el mismo dedicado concretamente a un período, de Carmen de Artigas-Sanz, en el que se recogen unos cuatrocientos editores e impresores de dos tercios del pasado siglo XIX[13]. Por otra parte tenemos empeños particulares, como el de Dionisio Hidalgo[14] , que nos es muy útil a la hora de conocer los inicios de la novela por entregas, que comienza prácticamente con la aparición del que cabría denominar *libro romántico*, que se presenta, por lo general, ilustrado y del que puede considerarse un ejemplo el publicado en Barcelona en 1820 por el editor Brusi e incluso, seis años después, en Madrid, por el pintor José Madrazo (Santander, 1781- Madrid, 1859), con dos siglos de diferencia de la edición que acaba de hacerse en Madrid, —harto cuidada e ilustrada—, en veintitrés volúmenes de los *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós[15] que, a fin de cuentas, muchos consideran un amago de otro tipo de novela por entregas, cuyo nacimiento coincide con la moda de los llamados —gabinetes de lectura—, algo así como tertulias especializadas que surgen en Madrid hacia 1830, proliferando en las calles del Carmen, Concepción Jerónima, Preciados y alguna otra, y que, a nuestro juicio, en cierto modo pueden considerarse el precedente de la creación del Ateneo de Madrid[16], hoy en la calle del Prado y con una Biblioteca que sobrepasa los 200.000 volúmenes. Son los mismos años en los que un tal Dionisio Hidalgo, bibliófilo de excepción, se esfuerza en proporcionarnos una nómina de librerías,

12. Filólogo y bibliógrafo (Madrid, 1920) cuya catalogación de las Bibliotecas del CSIC de Madrid ha resultado fundamental a lo largo de los años.

13. ARTIGAS-SANZ, MARIA DEL CARMEN; *"El libro romántico en España"*, Madrid, CSIC, 1953. (4 Vols.)

14. Dionisio Hidalgo publicó tres obras, -muy buenas-, sobre la bibliografía del XIX, siguiendo un orden cronológico: *"Boletín Bibliográfico Español y Extranjero"*... Madrid, var. Imp. 1840-1850 (11 Vols.). También *"El bibliógrafo español y extranjero"*... Madrid (Chamberí) Imp. Bailly-Bailliere 1857-1859 (3 Vols.); *"Diccionario General de Bibliografía Española"*. Madrid, var. imp 1862-1881 (7 Vols.).

15. Publ. por Espasa Calpe/ Unidad Editorial, *passim.* (Madrid, 2008).

16. Inaugurado en la calle Montera, se trasladó en los inicios del siglo XX a la calle Prado, 21 (Madrid). Por aquellas fechas se crearon varias bibliotecas en Madrid, Barcelona y diversas capitales de provincia.

imprentas, puestos de ventas y comisionistas de España en los años 1848 y 49, aunque su relación nos desborda, en alguna ocasión, cuando incluye, aparte de editores e impresores, dueños de imprenta y dueños de librerías, establecimientos de difícil clasificación. Llama la atención que aún existan en España capitales de provincia sin imprentas ni librerías, particularmente en zonas un tanto atrasadas del Sudeste y Andalucía[17] y que algunas provincias conocen la crisis de industrias tradicionales.

Hacia 1850, un cajista-impresor que tuvo que huir de España ante las iras del General Narváez, puede regresar a España y publicar, asociado con Domingo Vila y Juan Manini, un libro *por entregas* bajo el título de *Panorama Español*, en el que se describían los principales hechos de armas de la guerra civil. Era la primera publicación del género que se hacía, que conoció una particular aceptación, pese a su elevado precio. No obstante, un año después, resucitando el sistema de venta por entregas o folletines, los tres emprendedores impresores decidieron utilizarlo aquí, alimentando así un establecimiento tipográfico del que sacaron particulares beneficios, editando libros de temática varia. En realidad era una línea de publicaciones pareja a las que había venido haciendo (1830) el editor Bergnés de las Casas, con publicaciones en cuadernillos de un pliego, parejas al *folletín*. Pronto se le ocurrirá a un tal Wenceslao Ayguals, ya recordado y pronto significado como autor, la fundación de una nueva imprenta que muy pronto convertiría en una pujante empresa de novelas por entregas. Esto ocurriría ya bajo el trienio liberal y la Regencia del General Espartero, que pareció sacar de su marasmo al país y también con el establecimiento en Madrid de los industriosos Vila y Manini, que crean un negocio editorial basado en la explotación sin ambages del *folletín*, a vender periódicamente. Idea ésta más de empresarios que de libreros y que se le ocurrió desarrollar a lo grande a un tal Benito Hortelano, ya recordado, hombre del pueblo, cajista, impresor, editor de diarios y libros de todo tipo. Sus *Memorias*[18] son reveladoras, incluso de su enfrentamiento con el General Narváez, que le obliga a exiliarse de España, atosigándole con sucesivas multas. Ello exasperará a Hortelano, —al que hemos definido como precursor de la venta por entregas—. De aquí que no se le ocurra otra cosa que unirse a los ya citados Vila y Manini, llegados de Barcelona con su *Panorama Español*, ya recordado, profusamente ilustrados. La publicación, que ahora se podrá adquirir en sucesivas entregas, consagra ya la moda de los fascículos. Henos ante un negocio próspero que se reparten Vila y Manini (imprenta) y Hortelano (relaciones públicas) y que logran importantes adhesiones de escritores ya recordados, como Ayguals de Izco y músicos como Espín e Iradier. Todo ésto y el —invento— de vender libros por folletines o entregas, —que pronto copian impresores y libreros—, hace que pueda situarse en Madrid el foco mayor del sistema durante la Regencia de Espartero y en unos años en que parece recuperarse la actividad económica. No obstante, parece que Barcelona no

17. Una relación suficiente de tal cambio puede encontrarse en J. I. FERRERAS, *loc. cit* págs. 43-44.
18. Cf. J. I. FERRERAS *loc. cit* pág. 56 y ss.

quiso quedarse atrás, e incluso la idea atrajo a libreros tradicionales del tipo de los Cabrerizo, Delgado, Bergnés de las Casas y otros de conocida experiencia. De todas formas, la iniciativa nacerá de Hortelano, que empieza a publicar entregas en 1844, sin contar apenas capital, viviendo al día e incluso adelantando jornales a operarios y colaboradores a medida que entra el dinero de las suscripciones. Habrá momentos en que los autores habrán de anticipar sus presuntos ingresos para comprar el papel. Fue entonces cuando al propio Hortelano se le ocurrió ofrecer un texto a distribuir por entregas, teniendo al Regente como protagonista. Tras encuestas varias se decide a lanzar por entregas una biografía de Espartero, que encarga a Carlos Massa y a Sanguinetti. Cada uno de los autores recibirá cinco duros por entrega (veinticinco pesetas)[19]. Así pues compra papel y edita unos prospectos. No transcurrirán apenas dos semanas para que en Madrid, difundida la idea, fuera recibida con entusiasmo, hasta el punto que la primera semana contaría con 8.000 suscriptores. Indudablemente una idea luminosa que, a la larga, le produjo a Hortelano veintiocho mil duros, cantidad ingente si se tiene en cuenta que en la década del 40 al 50 aproximadamente los salarios oscilaban entre 6 y 12 reales diarios y los sueldos entre 300 y 500 reales, con un poder adquisitivo parejo al del actual *euro* (CEE). El éxito fue tan contundente que pronto se publica, asimismo por entregas, otro *Espartero* de Wenceslao Ayguals de Izco e inmediatamente *Biografía de Espartero* de José Segundo Flores, sin que a Hortelano se le pasase por la cabeza reclamar, como padre, el "invento" que, por otra parte, conseguirá que futuros narradores y novelistas, como Fernández y González, Tárrago, Ortega y Frías y otros se pasasen de la novela de aventuras por entregas, que ya cultivaban con éxito, a otro tipo de novela en que no faltan bandoleros y sucesos sangrientos como protagonistas de fascículos que, en un par de años, difunden la novela por entregas hasta ser distribuida mediante correo, —utilizado sólo por provincias— encareciendo el fascículo en un 30% o un 50% fuera del lugar de su impresión. Surgen así particulares argucias. Así Hortelano distribuía sus entregas a través de los miembros de la Milicia Nacional, con lo que politiza su iniciativa, confiriendo un sentir político a la ayuda miliciana. Claro que ésto con el tiempo conocerá variantes, dada la índole de las publicaciones subsiguientes. El mismo Hortelano se las apañaría también contratando como distribuidores a estudiantes de la Facultad de Medicina San Carlos, muchos sin recursos y que acogieron su contrata, —un real al día por repartir un periódico—, con alborozo; incluso, con particular entusiasmo, por lo que muchas veces se les contemplará subiendo y bajando interminablemente por variopintas casas del viejo Madrid.

No caben mayores detalles en esta comunicación. El caso es que del 45 al 49 ha podido mejorarse la distribución. A su vez, los autores de los fascículos venden caro, —no menos de los cinco duros por entrega del folletín que, impreso, suma doce páginas—. No obstante, la propiedad intelectual pasará, sin más, al editor, por si éste juzga conveniente volver a editarla, lo que explica la riqueza de algunos

19. Equivalentes a 75 céntimos del euro actual.

autores, —en ocasiones co-editores—, que explica la riqueza de un M. Fernández y González, que vivió lujosamente y murió con estrecheces, y los esfuerzos de un Vicente Blasco Ibáñez por recuperar la propiedad de su producción juvenil, —a base de entregas—, y que jamás pudo recuperar. Hoy, según la legislación vigente sobre la cuestión (Berna), hace que las obras reviertan a sus autores a los ochenta años de producirlas o editarlas.

Entre los años 50 y 60 parece racionalizarse el negocio editorial de las novelas por entregas, según uno de sus más famosos "entreguistas", Julio Nombela y Tabares[20], aunque la parte del león seguía siendo del editor, que se ocupaba de las suscripciones y difusión, usando incluso atractivos carteles que se paseaban por las calles y de particular éxito entre el electorado popular que, por su pobreza, no disponía de medios para comprar cuadros ni dibujos, solamente estampas de santos, toreros o personajes que pegaban en las paredes de sus hogares o en las cabeceras de las camas, —algo así como ocurre hoy todavía en algunos medios con los carteles taurinos—. La consagración de las publicaciones por entregas trajo también entre las clases menos acomodadas una urgente necesidad de imaginería hogareña. Sabemos incluso de editores que llegaron a viajar al extranjero para traerse planchas en madera o acero, ya usadas, para utilizarlas en sus publicaciones. También sabemos, tras los estudios de Carmen de Artigas Sanz, que entre 1830 y 1860 se disponía de buenos ilustradores, aunque la mayoría rechazasen ilustrar obras por entregas. Claro que había editores, como W. Ayguals, que consentían en contratar a un buen artista[21] que ilustrase su propia obra. Sin embargo, los lectores de entregas no solían ser exigentes, aunque sí les gustaban figuraciones dramáticas típicas en las comedias de figurón, con el malvado de relato con faz desagradable y el bueno como hombre apuesto y atrayente o como moza angelical.

Ello explica que pintores románticos, como Madrazo Fortuny, Alenza, Pérez Villamil y otros ilustradores conocidos, no aparezcan en las ediciones por entregas, salvo muy especializadas, como por ejemplo, la obra por entregas de G. A. Bécquer *Historia de los templos de España* (1857)[22]. Es el mismo poeta quien, junto con su hermano y con destino a un abyecto libelo que no llegó a difundirse, reunió la escandalosa y pornográfica colección de dibujos, —hoy conservados en la B.N. de Madrid—, caracterizando numerosos escarceos eróticos de la mal afamada Reina de España, S. M. Isabel II., comidilla continua del vulgo. En esta misma B. N. de Madrid se conservan colecciones valiosas de entregas que aún hoy pueden consultarse, amén de otras que fueron catalogadas, hoy desaparecidas. Colecciones que nos sirven para describir, ya por orden cronológico, ya alfabético, aunque de forma incompleta, muchas de las creaciones que pudieron pasar por manos de las clases obrera y media y, ¿por qué no? alta, de la sociedad española de entonces (1840-1870).

---

20. Cf. del mismo, *"Impresiones y recuerdos"*. Madrid, *"La última moda"*, (1910-1912). (4 Vols.). El cuarto volumen reúne un sinfín de datos en relación a las características de la novela por entregas.

21. Cf. J. I. FERRERAS, *loc. cit* pág. 59.

22. Iniciada en colaboración con PUERTA VIZCAÍNO, no llegó a terminarse por causas varias.

Hacia 1870 empiezan a decaer las suscripciones en colección. Ello supone que la revolución septembrina y la generación de escritores realistas de 1868 logran que se imponga en el mercado el libro suelto en un volumen o varios, tal como ha llegado hasta nosotros.

Pese a todo, el folletín y la entrega fascicular siguen vegetando, por decirlo así, de 1840 a 1860. No olvidemos que Cabrerizo, Delgado, Bergnés y algún otro son anteriores a 1840, año que conoce la invasión de las bibliotecas y galerías de obras por entregas que, a partir de 1870, habrá de coincidir con el libro suelto.

4. Colecciones de 1850 a 1870

Cualquier indagación se presenta, ya fructuosa, ya incompleta. No obstante, nos permite tener una idea, por orden cronológico, de las colecciones de que tenemos noticia e incluso brindar una lista provisional por orden alfabético:

Biblioteca de "La Correspondencia". Madrid, 1867.
Biblioteca de "El Diario de Avisos". Madrid, 1848-49.
Biblioteca Económica Festiva. Madrid, 1870-?
Biblioteca de "El Fénix". Valencia, 1845-?
Biblioteca de "El Heraldo". Madrid, 1846-7.
Biblioteca de "La Iberia". Madrid, 1858-63.
Biblioteca Ilustrada. Madrid, 1856-58.
Biblioteca de Ilustración y Recreo de "La Correspondencia". Madrid, 1859-62.
Biblioteca Literaria o Colección de Obras Selectas. Madrid, 1857.
Biblioteca Moral de las Familias. Madrid, 1867.
Biblioteca e "El Nacional". Madrid, 1851.
Biblioteca Popular de "El Nacional". Barcelona, 1851 ó 1840.
Biblioteca de "El Saldubense". Zaragoza, 1858-60.
El Correo de Ultramar. París, 1853-56.
Establecimiento Tipográfico-Editorial de Juan Pons. Barcelona, 1870-?
Folletín del "Diario de Barcelona". Barcelona, 1842-1872.
Leyendas Populares. Madrid, 1848.
Mil y un folletines. Madrid, 1857-?
La Pluma y el Lapicero. Madrid, 1849.
El Recreo Popular. Madrid, 1845.

Relación ésta que copiamos de J. I. Ferreras[23] en la que, por desgracia, ni son todos los que están, ni están todos los que son, pero que nos puede dar idea de lo que queremos, teniendo en cuenta que muchas de las novelas por entregas y de entregas simplemente o en colección están ya publicadas en periódicos que, a su

23. Cf. J. I. FERRERAS, *loc. cit* págs. 62-63.

vez, se han convertido en editores de sus propios "engendros" por entregas. En esta labor destaca el editor Aguado, ofreciendo tomos mensuales y que vende por suscripción.

Existen asimismo algunas colecciones dedicadas a crímenes y sucesos macabros, aunque sean redactadas por un solo autor. Cabe decir también que la década 60-70 señala la decadencia de las colecciones de entrega. A partir de 1868, una generación realista impone ya el libro suelto tal como ha llegado hasta nosotros, tras una serie de circunstancias en las que no cabe detenerse aquí, aunque son dignas de recordarse. Así, la colección titulada *Biblioteca Popular de "El Nacional"* de Barcelona, que apareció entre 1840 y 1841, pudiendo elegir entre las tesis de dos eruditos (Hidalgo y Palau). Es algo por dilucidar. Está después el *folletín* de *El Diario de Barcelona*, cuya aparición también sirve de objeto de discusión para los mismos eruditos, sin que tampoco se pongan de acuerdo, aunque abarcan unos 32 volúmenes.

Está asimismo la *Biblioteca de "El Fénix"*, publicación de novelas escogidas por el semanario valenciano homónimo y que se editó simultáneamente en la librería D. C. Mariana (Valencia) y en la librería Boix (Madrid). Sus volúmenes son inhallables.

En 1846 *El Heraldo* de Madrid inició otra colección, —en 28 volúmenes—, a recoger en la librería Cuesta. En nuestras pesquisas, de los 13 títulos publicados, sólo pudimos acceder a la novela *Mercedes de Castilla*, obra de Orellana, aunque conocemos otros títulos que pertenecían a dicha colección, de la que no podemos decir más que las noticias que nos suministraría el citado Hidalgo.

El decenio siguiente, de 1850 a 1860, conoce otras colecciones y bibliotecas editadas en Barcelona: *Biblioteca Popular de "El Nacional". Barcelona, 1841.* Imprenta de *El Nacional* en la que, al parecer, se publicaron unos cuarenta títulos, entre lo que, quizás equivocadamente, incluye algunos folletines del *Diario de Barcelona*. A éstos habría que sumar algunos títulos de la colección de *El Correo de Ultramar*, Parte Literaria Ilustrada, a veces editados en París y traducidos al francés.

Cabe recordar algunas colecciones de las que es difícil discernir las fechas de entregas y publicaciones. Muchas entrarán en decadencia ya en 1870. A este respecto, las noticias que nos da Palau (Madrid, 1853-1863) con 48 volúmenes, parecen más dignas que las de Hidalgo, que nos suministra hasta 35 títulos de novelas de las que no da nombres de autor; al revés de Palau, que no recoge los títulos.

Es lamentable que en algunas colecciones conservadas no se encuentren archivados los números correspondientes, incluso en la Hemeroteca y la Biblioteca Nacional de París.

Asimismo conocemos en su dispersión alguna de las novelas publicadas en el *folletín* del periódico *La Correspondencia de España*, agotadas en su día y, al parecer, publicadas en la imprenta de H. de Zuloaga.

Podrían recordarse otras de menor entidad, promovidas por maestros de la entrega y que nos han llegado publicadas hacia 1870 y de difícil hallazgo.

5. Autores literarios de entregas

La gente suele ignorar que la novela histórica de Espronceda, *Sancho Saldaña, el castellano de Cuéllar*, aparte de publicarse por entregas a partir de 1850, fue "prolongada" por Nombela. Ahí tenemos quizá nuestra primera novela histórica propiamente dicha. El que haya sido escrita por entregas es lo de menos, como también que fuese prolongada por Nombela. Indudablemente Espronceda no era un autor de entregas pues, para serlo, tenía que ser especialista en la entrega, como Pérez Escrich, Ortega y Frías, Fernández y González, Moreno de la Tejera y otros. Cuando el autor no era "especialista", profesional de la entrega, cabe pensar que ocasionalmente el autor es escritor por entregas o su editorial ha publicado su obra por entregas. En el caso de don Benito Pérez Galdós, habría que pensar que es ambidiestro. Por otra parte, sabemos de novelas por entregas, como alguna de Fernández y González (*Los Monfíes de las Alpujarras, El pastelero del Madrigal* y alguna otra) que pueden considerarse auténticas obras literarias, mientras que otras, publicadas por entregas, nunca llegaron a tal categoría.

La cuestión es que nos encontramos ante un hecho que, más que ser estudiado por la crítica literaria, quizá corresponde su dilucidación a una reflexión macro-sociológica. Indudablemente tenemos numerosos autores especializados en escribir por entregas y que han llegado hasta nuestros días, pero también podemos discernir al autor por entregas propiamente dicho. Es a éste a quien, sobre todo, queremos referirnos en esta comunicación y que se define por su tarea de entregar, una vez al día o una vez por semana, una cantidad de cuartillas a la imprenta, —hoy a la bitácora de su ordenador—. Cantidad que suele ser la misma, sin que exista posibilidad alguna para que el autor la amplíe o la merme. En nuestro tiempo y, hasta cierto punto, la entrega puede compararse con la columna que muchos periodistas (columnistas) tienen que entregar al periódico o diario que les emplea.

¿Qué pasa entonces con la inspiración? Quizás habría que hablar más de técnica. No obstante, el autor por entregas ha de tener la pluma fácil, —*expresión demodée,* diría el finado periodista Umbral—. El caso es que el autor siempre ha de estar dispuesto a continuar la tarea, generalmente impuesta, independientemente de otras preocupaciones. De todas formas, seguimos viviendo en el campo de la creación literaria que nos permite diferenciar la distancia entre un escritor y un autor por entregas, diferenciando la distancia que existe entre una obra literaria y otra periodística, aún cuando el autor por entregas escriba como un periodista, con la desventaja sobre aquél que no tiene nada que comunicar, independientemente de que trate un tema inmóvil y una serie de peripecias, por denominarlas así, tan móviles, tan variadas, como la venta lo permita, teniendo en cuenta que los temas de una mayoría de las novelas por entregas son fruto de un esquema preconcebido, aunque a veces desordenado. Ello hace que el autor de folletines o novelas por entregas suela estar sujeto a un contrato, a una "esclavitud" que, de todas formas, no puede evitar, al recibir órdenes perentorias.

De todas formas, el autor contrata los servicios de uno o varios amanuenses a los que dicta. Si le obligan varios contratos o publica varias obras simultáneamente, como el caso de Fernández y González y Luis del Val, dicta a varios secretarios al mismo tiempo que colabora, hasta cierto punto, en la confección de la obra. Colaboración de la que se carece de prueba. A veces, sin embargo, el amanuense se torna en "negro"[24] casi automáticamente e incluso "asciende" a escritor por entregas. Tal fue el caso de Luis del Val.

Todavía a estas alturas ignoramos si en España existió en el siglo XIX alguna "fábrica" de novelas, como la creada por Alexandre Dumas Jr. (1824-1895) en Francia, aunque es indudable que siempre existieron "negros" que trabajaron para personalidades y autores conocidos, para quienes redactaron discursos. Del siglo XIX y en el campo de la literatura podíamos recordar más de una docena, quedando muchos sin identificar; del siglo XX cabría enumerar muchos más, incluso aún vivientes, que trabajaron, no como escritores por entregas, sino como "negros" o colaboradores-amanuenses, ante necesidades políticas y similares. Hacia 1926, como ya se indicó, al imponerse en España, —posiblemente por importación norteamericana—, la *pulp literature* logró particular auge como literatura popular, que desplazó, prácticamente de una manera definitiva, la novela por entregas, coincidiendo tal hecho con la Guerra Civil española (1936-1939). En dicha reconversión tuvo un papel prominente J. Molino, titular de Editorial Molino (Barcelona)[25], quien durante la guerra civil emigró a la Argentina, para retornar, terminadas las hostilidades, a la ciudad condal, donde había prestigiado la publicación semanal "Biblioteca Oro", una colección *pulp* que prácticamente duraría, incluso con reediciones, hasta inicios del presente siglo[26].

El período literario (globalmente hablando) que transcurre desde 1870 hasta cerrarse el siglo XX ha sido poco estudiado y se carece, ya de una catalogación fiable de autores, ya de una clasificación de las obras editadas. Por ello y en una tentativa aproximada, podríamos confeccionar una lista de 129 autores, —en su mayoría ya fichados—, que operan desde 1820, pocos años antes de la introducción del Romanticismo en la literatura y en las ideologías. Henos a una obra sujeta al vaivén de las modas y los tiempos, harto desigual, no pudiendo contarse más de treinta autores/profesionales, constituyendo un elenco bibliográfico digno, quedando al margen unas 1.350 novelas. A este respecto, no ha sido aún superada la investigación llevada a cabo, hace algo más de treinta años, por J. I. Ferreras[27].

---

24. La palabra *negro* se utiliza aquí en la acepción del Diccionario de la RAEL: "Persona que trabaja anónimamente para lucimiento y provecho de otro, especialmente en trabajos literarios". No hay que confundir con "amanuense": "Persona que tiene por oficio escribir a mano, copiando o poniendo en limpio escritos ajenos, o escribiendo lo que se le dicta".

25. Refundada por Pablo y Luis Molino en Barcelona, en 1933.

26. En 2008 continúa su actividad editorial, utilizando mayormente la oferta por correo para la venta de sus libros.

27. Investigación que, al parecer, ha continuado como autor de diversos Estudios, publicados en lengua castellana por Ediciones Taurus, Madrid.

6. La novela por entregas como obra

Presentados ya los principales novelistas por entregas, quizá sea conveniente señalar que la novela por entregas se presenta impresa en caracteres variables entre 11 y 12, es decir, con caracteres mayores a 9 y 10, empleados desde el siglo pasado, preferentemente para novelas. No suele utilizar negrillas, versalitas o versales, quizá por economía y se presentan exentas de todo adorno. Las páginas de la entrega suelen constar de 25-35 líneas y cada línea de 10 a 12 palabras. Cada capítulo se inicia con un título y después un número en cifras romanas, cuya utilidad es variable. Por lo general, no suele más extensa que *Fortunata y Jacinta* de Pérez Galdós, o *La Regenta* de "Clarín", llevando a veces indicaciones para situar las láminas que se entregan con la última entrega. Se han podido conocer casi todos los dibujantes y pintores que las ilustraron de 1830 a 1870. Las láminas se presentan grabadas en acero o en cobre, desechándose casi siempre la xilografía. Algunas presentarán láminas de importación y no es extraño ver novelas con ilustraciones utilizadas en otras obras.

Es significativo que la novela por entregas se publica tras saber el número de sus suscriptores, ya que el editor lo indica en la primera entrega. De no coincidir los cálculos del editor con la novela proyectada, ésta no será publicada, ya que el precio de la entrega y publicación suelen ser muy estables, al igual que los salarios de la época. Algunas novelas llegan a alcanzar 10.000 suscriptores en Madrid y Barcelona. A los suscriptores de provincias les saldrá más cara la entrega. De algunos escritores sabemos el número de suscripciones que, como se ha dicho, suele ser unos 10.000 suscriptores de media por entrega, cuando se convierte en una publicación exitosa, lo que supone unos 10.000 reales por semana que, multiplicados por cincuenta entregas semanales, resulta la cifra de medio millón de reales, es decir, 25.000 duros que se embolsa el editor, tras deducir los gastos.

Sabemos también que el Decreto del 19 de octubre de 1868 instauró como unidad monetaria la peseta y ello alteró el precio del folletín o entrega, que equivalía a 8 cuartos por entrega en 1844 y su conversión a maravedíes, y los consecuentes cálculos para ajustar el precio de la entrega a las monedas en curso, partiendo de la equivalencia de un real a 34 maravedíes, de acuerdo con la moneda (calderilla) en circulación y, a partir de 1868, el cambio siguiente:

1 real vale 1 real 00
2 medio reales valen 1 real
4 cuartillos valen 1 real
8 cuartos y medio valen 1 real
16 octavos valen 1 real
34 maravedíes valen 1 real

De aquí que pronto habrá que unificar el precio de las entregas que, al principio, creó particulares problemas. De todas formas, en 1865 cada entrega de *La*

esposa mártir de Pérez Escrich (1865) valía 1 real y este mismo precio rigió para especialistas como Fernández y González, Ortega y Frías, etc. Después de la revolución de septiembre, el real (25 céntimos) será el precio de entrega, aunque subirá un tanto mientras más se acerca el siglo XX.

Por su parte, un libro suelto solía costar según el número de sus páginas. Entre 1840 y 1870 un libro de 100-200 páginas solía costar de 4 a 8 reales. Después de 1870, un libro de 150-300 páginas (en 8°) valía entre 1 y 2 pesetas. Todo esto impone los naturales cálculos. No es lo mismo novelar por entregas que por novelas completas. Tampoco escribir que dictar, y ello supone que el escritor *que escribe* lo hace conociendo la sintaxis, las reglas gramaticales, etc. El hecho es que, cuando se dicta contrarreloj, se usan puras repeticiones de expresiones orales, incluso vulgares, y el escritor *que escribe* dicta según su memoria oral y un ritmo que adecua al copista. Hoy todas estas zarandajas no se tienen en cuenta al utilizar el magnetófono para dictar. Analicemos, pongamos por caso, una novela del escritor anglosajón Edgar Wallace.

El dictado supone, por otra parte, la utilización de la llamada *coordenada frasística* y algunos trucos bien perceptibles por todo lector ducho en novela la por entregas. En realidad, podríamos extendernos *ad libitum* en analizar el tema general de la novela o su hilo argumental, que podría hacerse a partir del siglo XVI con los llamados Libros de Caballerías, dándose una serie de peripecias que se repiten una y otra vez, como, pongamos por caso, el tema de la *horfandad;* el tema de la *pobreza;* el tema de la reconquista de lo perdido; el tema de la persecución y de la liberación final; el tema de la reconquista y el tema de la conquista, tomando la relación de J. A. Ferreras[28] y en los que no nos detendremos, dado el carácter de la presente comunicación, que hemos iniciado sin tener en cuenta cómo se originó magistralmente, hace un cuarto de siglo, Carlos García Gual[29].

Particular interés encierra la llamada *novela de aventuras*, que supone situaciones diversas, no sólo por la aventura en sí, sino también por la estructura melodramática triangular que suele dársele y, finalmente, por la llamada estructura criminalística. El analizar toda la problemática que cabe desarrollar, haría interminable esta comunicación, como también el carácter que la novela por entregas asume al convertirse en novela anti-liberal y pro-católica, pero también novelas particulares referidas al pensamiento reaccionario y que se ponen de moda en España a partir de 1832 con *La Historia del Judío Errante* del francés Louis Fris Ducos[30], que

28. Cf. la exposición *in extenso* de J. I. FERRERAS en su tantas veces citado, *"Ensayos sobre la novela por entregas (1840-1900)"*, Madrid, Taurus, 1972.

29. Me refiero a los dos ensayos publicados por CARLOS GARCÍA GUAL bajo los respectivos títulos, *"Los orígenes de la novela"* (1972) y *"Primeras novelas europeas"* (1974) y que, respectivamente refundidos y con un interesante apéndice, han sido reeditados bajo el título *"Las primeras novelas. Desde las griegas y latinas hasta la Edad Media"* (Madrid, Gredos. 2008).

30. La obra se centra en un supuesto diálogo entre el judío errante y Napoleón Bonaparte, confinado en la isla de Santa Elena. En el mismo, se denuncia el peligro de las sectas y se advierte sobre una serie de libros. No obstante, al autor se le conoce también por una serie de publicaciones coetaneas anti-masónicas o contra el Protestantismo, etc.

serviría de modelo a varias novelas por entregas que se escriben en España. No obstante, desde siempre se impondrán el dualismo moral, con romanticismo o sin él, sobre todo a partir de la aparición de la primera novela histórica en España, quizás del valenciano López Soler con su tremebunda obra *"El pirata de Colombia"* (Valencia, 1832), primera creación en la que se narran "crímenes populares", que dominarán hasta fin de siglo la novela por entregas.